



EL ROLEX DEL CHE

Álvaro Ordóñez Iragorri

EL ROLEX DEL CHE



Primera edición: junio de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Álvaro Ordóñez Irigorri

ISBN: 979-13-87814-42-7

ISBN digital: 979-13-87814-43-4

Depósito legal: M-12570-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi hermano Iker

EL ALFIL DE CAPABLANCA

La madrugada del 16 de julio del año 1958, la tranquilidad de un destartado y polvoriento museo de la ciudad de La Habana se vio rota por un asalto que culminó en robo. Allí no había gran cosa que robar, seguramente por eso tampoco existía ningún tipo de seguridad especial.

Por no haber, no había siquiera guarda nocturno. Durante el día el director del museo ejercía las labores de recepcionista, encargado de la limpieza, chico de los recados y factótum. Era, además, presidente del club de ajedrez Amigos de Capablanca. El museo estaba dedicado a la figura del singular ajedrecista cubano. El barrio en el que estaba situado se encontraba en la zona noroeste de la ciudad y era tan sombrío como el museo que albergaba.

Abelardo Rondón era conocido en toda la isla por los aficionados al ajedrez porque años atrás fue un gran campeón y también amigo personal de José Raúl Capablanca. Por ese motivo y por más cosas fue nombrado director del lugar que honraba su memoria.

En esas fechas de incertidumbre revolucionaria, los turistas escaseaban, así que todos los asiduos se conocían entre sí y echaban en el vestíbulo unas partiditas entre trago y trago de ron.

Quienes aquella madrugada entraron sigilosamente en la estancia no se llevaron nada de valor porque nada de valor había en él+, solo una curiosidad. Dentro de una vitrina de cristal se exhibía el último tablero de ajedrez que usó Capablanca con las figuras dispuestas tal y como el maestro las dejó. Es decir, unas frente a otras

en perfecta alineación, ya que la partida aún no había comenzado cuando, el 8 de mayo del año 1942 en la ciudad de Nueva York, un ictus acabó con su vida.

Como lo robado no tenía otro valor que el meramente sentimental, se consideró que el acto solo podía ser obra de un desequilibrado, un cleptómano o un fetichista que sustrajo aquel tablero de ajedrez como podía haber sustraído cualquier otra cosa.

Abelardo fue exonerado de cualquier responsabilidad y el incidente se olvidó. Un mes más tarde, haciendo una limpieza general del museo, debajo de otra vitrina, la que exhibía el traje que llevaba puesto el maestro cuando el 6 de abril de 1906 venció a Emanuel Lasker, apareció un alfil blanco.

El último tablero de ajedrez en el que jugó Capablanca no estaba completo.

A pesar de ser muy joven en el verano de 1958, Crispín Pantaleón ya había tenido momentos en su vida en los que no le había quedado más remedio que demostrar su valor. Por eso le parecía imposible la sensación de pánico que sentía.

El miedo, de una manera sorda, había ido creciendo en él poco a poco en los últimos días cuando, inopinadamente, le venía a la cabeza lo que le esperaba. Podía suceder en cualquier momento: a mitad de una película o quizá a la hora del vermú, cuando departía alegremente con Ojotoro y Supervía.

Súbitos temblores acompañados de una intensa sudoración en las palmas de las manos atenazaban su ser a medida que se acercaba la fecha, inamovible, inexorable, como una condena a muerte. La noche anterior no pudo dormir.

Desde que salió de su pueblo, Portugalete, para ir a la mili en Madrid, no había viajado nunca, no había abandonado capital. Ni siquiera para volver a visitar a los viejos amigos. Bien es verdad que no hacía tantos años que había terminado el servicio militar. Sus padres habían fallecido de tuberculosis siendo él un adolescente y

pronto tuvo que buscarse la vida para subsistir.

Ahora no solo salía de Madrid, sino también de España, nada menos que al Nuevo Continente. Sus planes eran los de volver en un tiempo razonable, quizá un par de años, pero ¡quién sabe!

Nada de despedidas ni abrazos, no estaba para nadie, y sus amigos, que le conocían bien, no daban crédito a la incomprensible cobardía de Crispín. Sin embargo, había que entenderlo. ¡Era la primera vez que el detective montaba en un avión!

Cuando se dirigía en taxi al aeropuerto, sentado en el extremo del asiento del copiloto, tenía la espalda más rígida que el cayado de un pastor y él, siempre locuaz y dicharachero con todo el mundo, pidió al sufrido taxista que no le dirigiera la palabra. Mientras, a través de los cristales de su ventanilla y mentalmente, se iba despidiendo de las casas, de los balcones, de los cafés en donde tan buenos ratos había pasado con sus amigos, de la imagen de alguna novia en un cine oscuro a la que había prestado más atención que a la película y a la que el tiempo y el torrente de la vida se habían llevado, quizá para no volver a verla nunca más... porque estaba seguro de que iba a morir. No había otra, la ley de la gravedad era más inexorable que la del embudo, que a esas alturas de su vida consideraba como algo inapelable. Estaba escrito en la agenda de san Pedro, ese avión que habría de llevarle a Miami iba a caer y él se hallaría en el valle de Josafat en poco tiempo.

Cruzó el vestíbulo del aeropuerto y tuvo la misma sensación que sintió Luis XVI al salir de la Conciergerie camino del patíbulo. Hizo como que ojeaba libros y revistas, pero no podía concentrarse en nada. Atisbó a lo lejos la cafetería, faltaba aún tiempo para que llamasen a su vuelo, por lo que decidió arrearse un lingotazo. Facturó el equipaje, entró en la cafetería, pidió un Soberano y encendió un Chester, el primero de la media docena que cayeron en una hora.

Llegó finalmente la hora fatídica del paseillo por la pista de aterrizaje rumbo a las escalerillas de acceso al aparato. Crispín llevaba

un andar tan sombrío como sus pensamientos y le parecía increíble que un bullicioso grupo de compañeros de infortunio como él comentase entre asombrado y alegre que esta vez Iberia había echado el resto porque había dispuesto para ese viaje la joya de la corona de la flota, un moderno Super Constellation.

Crispín lo miró sobrecogido. El aparato, enorme, era un cuatrimotor. Silente como un depredador al acecho, esperaba a los incautos pasajeros inmóvil bajo el sol de Madrid en refulgente majestad.

Subió los peldaños de la escalerilla de acceso con una enorme dignidad; sin embargo, en cuanto cruzó el umbral del portón se puso a sudar como un galeote. Una vez en el interior del aparato miró a su alrededor, la gente se mostraba relajada, algunos incluso se reían a mandíbula batiente o bostezaban. Una señora atractiva, en clara actitud de superioridad indolente, miraba por la ventanilla mientras fumaba a través de una boquilla de ébano, refugiada tras unas enormes gafas de sol y Crispín se preguntó para qué quería alguien unas gafas de sol en el interior de un avión.

No había vuelta atrás. Se fijó en los asientos, de aluminio, tapizados de azul con unos tapetes de tela blanca en el reposacabezas; las paredes del avión eran de color crema y las ventanillas resultaron a sus ojos más pequeñas de lo que había imaginado.

Las bellas y eficaces azafatas buscaron y encontraron su asiento y le acomodaron en el lado de una ventanilla con vistas a una de las alas. El aire acondicionado, unido a la profusión de sudor que emanaba sin control por todos los poros de su cuerpo, le dejó como un témpano. De inmediato, todo tipo de ruidos extraños en el interior del aparato parecían advertir de que esa tartana, que pesaba unas cuantas toneladas, iba a descuajeringarse antes de echar a volar y pensó que, como de todos es sabido, lo que no cae por su propio peso cae por la ley de la gravedad.

De los infinitos ruidos que escuchaba Crispín, el más extraño y siniestramente desagradable era el de un tableteo continuo y regular que comenzó a manifestarse nada más tomar asiento. Le costó

un tiempo caer en la cuenta de que se trataba de sus dientes, que chocaban entre sí con la frecuencia y ferocidad de una metralleta Thompson.

Echó un rápido vistazo a su reloj de pulsera y cayó en la cuenta de que habían rebasado con creces la hora de partida. «¡Algo anda mal!», se dijo. No tenía a nadie sentado a su lado, a pesar de que, según le habían informado en el mostrador de facturación, el vuelo iba de bote en bote. Cuando paseaba nerviosamente la mirada a su alrededor, Crispín se convencía cada vez con más fuerza de que aquel trasto no podría volar por la sencilla razón de que no había motor en el mundo que pudiese con los miles de kilos del aparato junto con los de los pasajeros y sus equipajes.

Abismado en esos alegres pensamientos se encontraba, cuando por la ventanilla observó que se acercaba un coche a toda velocidad y se detenía a la altura del aparato. «¡Salvado! —se dijo—, ¡se suspende el vuelo! Han detectado a tiempo un fallo en motor, ha estallado una bomba atómica en las islas Marshall, se ha muerto Franco de repente...».

Pero no, del coche se apeó como pudo un tipo gordo, quien, haciendo eses, ascendió por la escalerilla del avión, recorrió trastabillante el pasillo conducido por dos solícitas azafatas, quienes lograron zafarse como pudieron de sus intentos de besuqueos y manoseos y le acomodaron, precisamente, en el asiento contiguo al de Crispín. El tipo, sudoroso y tocado con un grasiento sombrero Fedora de color lima con una cinta ancha del mismo tono, pero más oscuro, que solo le sienta bien a Frank Sinatra, y eso porque es Frank Sinatra, sacó una petaca del bolsillo interior de su chaqueta, se la ofreció a Crispín, quien la rechazó con un invisible escalofrío, se echó un trago al coleteo y se quedó dormido como un querubín de ciento cincuenta kilos.

El aparato se puso a circular por la pista rumbo al punto en el que tenía que colocarse para coger carrerilla y despegar. Por fin, tras tomar una curva cerrada, el avión se paró en seco y de repente aceleró con una velocidad tal que pegó en el asiento al detective, a la vez hizo que este se encomendara a todos los santos del calen-

dario y acto seguido, con un rugido ensordecedor, despegó. Casas, campos y montañas pasaban a una velocidad endemoniada bajo sus pies, cada vez más pequeñas.

Echó una ojeada a su compañero de asiento, quien dormía como un bendito. No se lo podía creer. Súbitamente sonó un timbrazo que puso a Crispín de nuevo en guardia, creyó que el corazón se le iba a salir por la boca. Era la señal que indicaba que se podían desabrochar los cinturones de seguridad y que también se podía fumar. Aparentemente el peligro había pasado. El detective sacó un pitillo del bolsillo de su chaqueta y lo encendió, le dio la sensación de que le habían quitado una tonelada de encima.

Tres horas transcurrieron desde que se inició el vuelo, le faltaban ocho para llegar a su destino y Crispín estaba más aburrido que una ostra. Dijo una vez Orson Welles que «en un avión, uno solo puede experimentar dos sensaciones: aburrimiento o pánico». Mejor el aburrimiento.

Cuanto más observaba la conducta de su compañero, menos lo entendía. Seguía dormido como un tronco, algo que le parecía un prodigio. Estaba siendo un vuelo apacible, el miedo había desaparecido por completo y se puso a repasar mentalmente los motivos por los que se dirigía a Miami, un lugar mítico para él que solo había podido ver en esas películas llenas de rubias guapas, teléfonos blancos y piscinas azules.

Quince días atrás había recibido un telegrama que llegó al hotel en el que trabajaba como detective. Estaba fechado en Miami Beach, concretamente en el hotel Belvedere. Su sorpresa fue mayúscula, porque no conocía a nadie que pudiese alojarse en tan exótico lugar y, mucho menos, que pudiese gastarse un dineral para hospedarse en un hotelazo así. Una tarde, desde la pantalla de un cine y dentro del NO-DO, echaron un reportaje sobre la inauguración de ese hotel en el que pudo admirar a las estrellas más rutilantes del universo de Hollywood, así como otros personajes de bronceado tan impecable como sus sonrisas; él pensó que serían multimillonarios tejanos.

El telegrama resultó ser de un amigo suyo con quien había hecho el servicio militar. Hacía algún tiempo que había perdido su pista, se llamaba Manolo Mejuto García y era cordobés. Todo el mundo en el cuartel le llamaba Cordobita. Manolo y él compartían camareta y ocasionalmente alquilaban una habitación cochambrosa en una pensión para cambiar la ropa militar por la de paisano durante las horas que tenían de paseo en Madrid, donde ambos estaban destinados, concretamente en el Regimiento de El Goloso.

Se hicieron íntimos a raíz de una anécdota acaecida una tarde tras salir de un cine cuando un hombrecillo insignificante, bajito, flaco y con unos dientes que eran lo más parecido a contemplar un choque de trenes, les abordó en la calle Fuencarral. Les contó una historia muy triste. Les pasó por debajo de las narices un anillo de oro que albergaba en su centro un brillante de tamaño regular. Quiso vendérselo, principalmente se dirigía a Manolo, quien, por lo visto, debía de tener a su juicio más cara de pánfilo.

—Miren, señores —decía angustiado...

En fin, se puso a contarles un cuento en el que no faltaba de nada: familia rica venida a menos, esposa enferma para quien no podía comprar ni comida ni medicinas... ¡Se encontraba en una situación desesperada!

Fue entonces cuando se puso a hablar de la sortija, dijo que era de su abuela y que su madre la heredó de ella. A pesar de los muchos bastonazos que le había recetado la vida, nunca quiso deshacerse de la alhaja, debido al enorme valor sentimental que tenía la joya. Ahora la cruel realidad le obligaba a venderla, pero, naturalmente, no podía vendérsela a un joyero porque seguramente pensaría que era robada al ir tan desaliñado.

—¡Cien pesetas y es suya!

El amigo de Crispín ni tenía ese dinero ni pensaba comprarla de ninguna manera, pero el futuro detective terció:

—Mire, buen hombre, a mí me interesaría comprar esa sortija como regalo a mi santa madre, pero el caso es que no llevo ese

dinero encima. Si me hace el favor de acompañarme a casa, con mucho gusto le daré la cantidad que pide.

Aunque algo reticente, el tipo accedió por fin. Los dos amigos junto con el sujeto que quería perpetrar el «timo del pasteleo» subieron a un taxi, el timador iba sentado en el asiento del copiloto. Cuando el último pasajero, que era Crispín, se acomodó detrás, el taxista preguntó:

—¿Dónde va a ser?

—A la calle Correos, número dos, por favor.

Como alma que lleva el diablo, el tipo abrió la puerta del taxi y echó a correr calle abajo.

—Pero ¿qué le pasa a ese? —exclamó el taxista, que no salía de su asombro.

—¡Qué le va a pasar! —dijo Crispín muerto de risa—, que sabe que esa es la dirección de la DGS.

Es decir, de la Dirección General de Seguridad, sede de la Policía Armada. Eso provocó la hilaridad de los ocupantes del coche. No obstante, Manolo le dio al taxista una nueva orden.

—A Riscal, por favor.

Ahora Crispín, al recordar la anécdota tantos años después, se reía tontamente en el interior del avión que le iba a llevar de nuevo con su amigo. Su risa floja despertó al tipo que dormitaba en el asiento contiguo entre trago y trago. Miró al detective de soslayo, soltó un bufido, se echó nuevamente la petaca al morro, bebió, se arrebujó, soltó otro bufido en inglés y se quedó como un tronco de nuevo con el Fedora encima de la cara. A Crispín se le había pasado el miedo al avión.

Sacó y desdobló por enésima vez el telegrama que llegó unas semanas atrás al hotel. Lo leyó nuevamente:

SI TE APETECE TRABAJAR SEGURIDAD EN MIAMI
STOP GANAR DINERO Y DIVERTIRTE ENVÍA TELE-
GRAMA A ESTA DIRECCIÓN STOP TE LLAMARÉ.

A Crispín le apetecían las tres cosas. Contestó y unos días más tarde recibió la llamada de su amigo Manolo. Este le explicó que se encontraba en Miami desde hacía unos años, que trabajaba como jefe de seguridad para un millonario de origen cubano que vivía en el famoso hotel Belvedere y que se había enterado de que en el hotel necesitaban a alguien de suma confianza para desempeñar la función de detective y que además se expresase en español, ya que mucha de la clientela era cubana o de origen latino. Por el idioma inglés no había ningún problema, el personal del hotel era en su mayoría hispano.

«Me acordé de inmediato de ti —dijo Manolo en tono alegre cuando se comunicó con él telefónicamente—, y he utilizado mi influencia con don Justiniano, que es mi patrón y tiene vara alta con los dueños del Belvedere, para enchufarte. ¡Ah! Si vienes tráete un traje de baño».

El trabajo estaría muy bien pagado en dólares y no entrañaría ningún peligro. Eso sí, de vez en cuando tendría que estar de figurante para hacer bulto en alguna reunión importante de su patrón. Nada del otro jueves, porque el tipo no tenía enemigos, pero le gustaba aparecer en cenas y reuniones rodeado de un séquito, cosas de millonarios cubanos. Debía dar el «sí, quiero» de inmediato. Había otros candidatos que gustaban más a la dirección. Crispín dio en un periquete.

Después de algunos trámites en la Embajada de Estados Unidos en relación con los pasaportes, certificado de penales, licencia de detective, etcétera, compró finalmente el billete de avión con unos ahorrillos que tenía. Fecha de llegada, 1 de septiembre. Manolo le estaría esperando en la terminal con un Cadillac y un par de rubias.

Unos bandazos del aparato hicieron que Crispín dejase atrás su ensoñación y se concentrase en el vuelo. Le parecía asombroso que el tipo que estaba a su lado siguiese dormido ¿Estaría muerto?, se preguntó. No, porque roncaba. Solamente se había levantado una vez para ir al servicio y ni siquiera probó la comida. Los movimien-

tos bruscos se producían al entrar el avión en una zona de nubes, ya que, tal como explicó una azafata por la megafonía, el aparato iba descendiendo y en media hora aproximadamente aterrizarían en el aeropuerto de Miami.

Cuando el tren de aterrizaje tocó con áspero estrépito el asfalto de la pista, pudo por fin el detective dar gracias a los dioses de todas las religiones. Entonces verificó que estaba agotado, aunque a ese día, que por el momento era el más largo de su vida, le faltaban aún muchas horas para terminar. Miró a su extraño compañero de asiento y, atónito, comprobó que estaba como una rosa. El tipo abandonó el aparato en un santiamén. Una vez en tierra, a Crispín le dieron ganas de ponerse de rodillas y besar el suelo de la pista de aterrizaje, pero se contuvo.

Por primera vez en su vida vio en la terminal de llegadas esa cinta transportadora donde maletas de diversos colores y tamaños daban vueltas en espera de sus dueños. Él, naturalmente, no lo sabía, creía que era alguna escultura moderna hasta que vio cómo sus compañeros de viaje cogían su equipaje al vuelo, lo cual le pareció un prodigio. Aún no había salido de su asombro cuando vio aparecer las suyas, las agarró como pudo y buscó la salida del aeropuerto. Error: había que pasar el trámite de Inmigración.

Tras esperar en una cola interminable compuesta por hombres, mujeres y niños de todas las razas y colores en diferentes estados de apatía y aburrimiento, por fin le llegó su turno. No tenía ni idea de inglés, pero vio el cielo abierto cuando el agente, con quien no se entendía, lucía en el pecho una placa con su apellido: Rodríguez. Cuando el detective le instó a conversar abiertamente en el idioma que seguramente ambos dominaban, es decir, el español, la cosa se puso peor porque Rodríguez empezó a hablar más deprisa en inglés y de manera más cerrada. Crispín perdió los nervios y levantó la voz, entonces el agente Rodríguez reclamó la presencia de otros compañeros y todos juntos condujeron al detective a un cuartito anodino donde fue conminado a sentarse en una silla. Hecho lo cual se largaron. Reinaba un silencio sepulcral y en aquel cuartito

pintado de un verde desvaído no había nada en lo que distraer la vista, así que lentamente se fue quedando dormido en el taburete en el que se hallaba.

Transcurrió una larga hora y por fin se abrió la puerta, lo que hizo que Crispín diese un respingo y se pusiese en pie; acto seguido, traspasó el umbral el agente Rodríguez acompañado por ¡el compañero de viaje de Crispín, el borracho dormilón!

—Ante todo —comenzó diciendo el tipo en español, aunque con un fuerte acento norteamericano—, quiero que disculpe la actitud del agente Rodríguez. Ordené que le retuvieran mientras llegaba yo. A lo mejor estuvo un poco más duro de lo necesario, pero es un buen chico.

El agente se ruborizó hasta las orejas. A Crispín le parecía mentira que aquel rijoso borracho que le dio el santo vuelo se hubiese convertido por arte de birlibirloque en el distinguido caballero que, recién duchado y con un traje distinto, planchado, afeitado y oliendo a loción, le tendía amistosamente la mano. El detective se la estrechó de manera desganada. Demasiadas emociones fuertes para un solo día.

—Sígame, por favor —casi ordenó el tipo.

Recorrieron un laberinto de pasillos dentro de las dependencias del aeropuerto de Miami, que parecía una pequeña ciudad. Por fin se pararon ante una puerta, Rodríguez giró sobre sus talones y desapareció por donde había venido. Ambos hombres accedieron a una estancia no muy grande decorada de una manera modernamente funcional. Por la soltura con la que evolucionó dentro, Crispín supuso que era el despacho de aquel tipo. Mientras el hombre iba y venía abriendo y cerrando cajones, Crispín permaneció silente observándolo todo. Lo que más le llamó la atención fue un mueble bar ubicado en una esquina de la estancia. Para su pasmo, el tipo cogió dos vasos bajos y vertió un chorretón de burbon. Le tendió uno al detective, que lo cogió, pero no le dio un sorbo.

—Nunca me gusta beber con alguien que no conozco. Y, por cierto, ¿no le parece que ya ha bebido bastante? No es por nada, pero lleva horas y horas soplando...

—¿Soplando?, no le entiendo.

—Es un eufemismo para...

—¿Eufemismo?

—Quise decir bebiendo, bebiendo sin parar.

De pronto el tipo se puso como un tomate, cualquiera habría dicho que estaba siendo víctima de un ataque de apoplejía; acto seguido, miró a Crispín de hito en hito y estalló en una estruendosa carcajada. El detective no salía de su asombro. El tipo bordeó la mesa de su despacho sin dejar de reírse y negando vehementemente con la cabeza, bebió un buen trago y volvió a tender una mano hacia Crispín.

—Darren, Darren Adansky.

Entonces le entró un ataque de tos y con grandes gestos, conminó al detective a sentarse en la silla que estaba al otro extremo de la mesa, cosa que hizo Crispín. El tal Darren, una vez finalizada la tos, habló.

—No me extraña que esté usted impresionado conmigo, amigo. No he probado ni una gota de alcohol en todo el vuelo. Era té, pero ahora veo que le he engañado.

—Por supuesto —respondió Crispín impertérrito—. Lo que no sé es por qué.

—Claro, se preguntará usted quién soy yo.

—Me pregunto eso y mucho más. Me pregunto, por ejemplo, qué significa esta mascarada. Hace ya horas que la persona que me esperaba en la puerta de llegadas se habrá marchado decepcionado. Era la persona que me ha encontrado trabajo en Miami.

—¿En qué sitio, si puede saberse?

—Puede. En el hotel Belvedere.

—¿Y qué trabajo iba usted a desempeñar en tan prestigioso hotel? —dijo el falso borracho a la vez que revisaba unos papeles.

Crispín se llevó el vaso a la boca y probó por primera vez el burbon. Le gustó.

—Voy a ser el detective del hotel —contestó Crispín tan campante.

—Bueno —dijo Darren cerrando bruscamente la carpeta cuyos papeles estaba examinando—, parece que todo concuerda. Su amigo no ha venido.

—No sé por qué me lo temía. Suponía que esto era un tururú.

Darren puso cara de extrañeza por la palabra y se recostó en su asiento. Con parsimonia extrajo un habano de una purera, lo encendió y echando el humo directamente en la cara del detective le espetó:

—¿Y por qué se temía usted eso? ¿Está metido en algo sucio?

—Hasta ahora no. A partir de ahora, no lo sé.

—Tranquilícese, amigo. Todo tiene explicación.

—Usted dirá —murmuró Crispín lacónicamente.

—Mire —contestó Darren Adanski poniéndose súbitamente en pie—, su amigo no va a venir por la sencilla razón de que me advirtió de que no vendría. No puede, le ha salido un asunto urgente que se lo impide.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Hace una semana vino a decírmelo personalmente. Por eso volé a Madrid, para acompañarle en el viaje y traerle sin problemas a Florida. Tanto su amigo como la persona para la que trabaja querían asegurarse de que hiciese usted un viaje confortable. He comprobado que se las arregla a las mil maravillas, supongo que su miedo a volar acabará desapareciendo algún día.

—¿Para qué tantas molestias?

—Oiga —contestó Darren molesto—, yo no sé nada. A mí me pagaron unas vacaciones en España para asegurarme de que llegase aquí sin mayores complicaciones.

—¿Y todo este teatro?

—Pues eso, teatro. Escuche, estoy tan cansado como usted. Me gustaría ir a dormir, pero antes tengo que presentarle al gerente del hotel para que le explique sus obligaciones y le indique dónde está su habitación.

—¿Y Manolo Mejuto?

—¿Quién es ese?

—Mi amigo, la persona que me encontró este trabajo. La persona que iba a venir a buscarme. ¡Con la que usted dice que habló!

Levantándose como un resorte, Adanski apagó el habano en un cenicero de porcelana en el que se leía «Ron Bacardí», se puso la chaqueta y su sombrero Fedora.

—¡Nos vamos! —exclamó.

Crispín le siguió mansamente. Recorrieron un laberinto de pasillos oscuros flanqueados aquí y allá por ventanas de cristales tintados e iluminados apenas por tubos de neón blanco, algunos de ellos parpadeantes, que daban al recorrido un aire fantasmal.

Por fin llegaron al garaje, lleno a rebosar de cochazos americanos de los que los toreros llamaban haiga. Adanski rebuscó en uno de los bolsillos de su chaqueta y sacó las llaves de un Chevrolet enorme lleno de cromados, pilotos de colores y alerones que hacían que se pareciese a un *sputnik*. Su interior podría albergar el Circo Price con elefantes y todo. La carrocería estaba pintada de color crema y los asientos eran de escay rojo. Vamos, un helado de crema y cereza.

En cuanto se acomodaron, Darren encendió el aire acondicionado e inmediatamente el habitáculo se convirtió en un congelador. El ruido del aparato de aire acondicionado era atronador, pero quedó inmediatamente solapado por el ruido del *Chevy*, que a Crispín se le antojó más potente que el del avión que le había llevado a Miami. Cuando por fin dejaron atrás la cabina del vigilante, se subió la barrera y salieron al implacable tráfico de la carretera que llevaba a la cercana Miami Beach, el detective quedó maravillado por la luz que reinaba en la atmósfera y la intensidad del azul del cielo.

No había circulado nunca por una autopista. Nuevamente tuvo que remitirse a las películas. Ahora estaba dentro de una, con otros cochazos como el suyo flanqueándole a izquierda y derecha; de vez en cuando le llegaban a sus oídos melodías trepidantes de *rock and roll* o de mambos procedentes de las emisoras de radio instaladas en los automóviles que le rodeaban, aquello le parecía de ciencia

ficción comparado con las carreteras cochambrosas y plagadas de baches de la España de los años cincuenta.

En un momento del recorrido, salieron de la autopista y enfilaron una carretera que bordeaba la famosa playa de Miami Beach. Nunca había visto un mar tan azul, unas mujeres tan guapas y rubias ni unos hombres tan rubios y guapos. Y así, con el vaivén del *Chevy*, el vaivén de las palmeras que parecían darle la bienvenida a tan luminoso paraje y el vaivén de sus oscuros pensamientos, se quedó dormido como un cesto. No pudo ver una blanca cantina de apariencia candorosa cuya entrada presidía una gigantesca cobra de diez metros hecha de estuco con una lengua bífida que amenazaba a los conductores al pasar a su lado, cualquiera diría que les hacía burla. Años después, al efecto que estaba sufriendo Crispín se le conocería como *jet lag*.

En lo que le pareció un segundo desde el momento en el que hubo cerrado los ojos, pero que en realidad fue algo más de una hora, Darren le hizo la bromita de pisar a fondo el freno, con lo cual el detective estuvo a punto de comerse el salpicadero. Darren se rio a carcajadas, ese era el nivel del sentido del humor del tipo. Súbitamente se puso serio y exclamó:

—Hemos llegado, este es su nuevo hogar.

Habían subido la cuestita que daba a la marquesina de mampostería que presidía la entrada rodeada de palmeras, plantas trepadoras y buganvillas del hotel Belvedere. En pie frente a la entrada, la moderna magnificencia del edificio le dejó con la boca abierta. Darren, que había extraído del maletero el equipaje del detective, lo soltó ruidosamente a los pies de este; con un gesto teatral, cerró la mandíbula del foráneo y dijo secamente:

—Sígame.

Como hipnotizado, Crispín le siguió, cruzaron con paso firme el umbral de la puerta de entrada y se dirigieron hacia el despacho del director. El vestíbulo del hotel era un espacio en el que fácilmente podrían reunirse los cardenales para la elección de un nuevo papa y sobraría bastante sitio. Una inmensa barra frente a enormes

ventanales con vistas a una piscina de aguas azulísimas, coronada por una gigantesca lámpara de lágrimas de cristal, daba al conjunto un aire chic que al detective se le antojó lo más moderno que había contemplado en su vida, y eso que desde que salió de Madrid no había hecho otra cosa más que contemplar cosas modernas para él. Entonces verificó que vivía en un país atrasado y chabacano.

Toda la coctelería que su amigo Perico Chicote hubiese podido imaginar se encontraba en las manos de los distinguidos clientes que en esos momentos esmaltaban el vestíbulo del hotel con su presencia dando al conjunto un aspecto de displicente cosmopolitismo. Todo el mundo olía de maravilla, lo que le hizo preguntarse cómo olería él.

Siguieron avanzando y se sintió azorado cuando una de las chicas más bellas que había visto en su vida se le quedó mirando como embobada. Bebía lánguidamente una bebida exótica de esas que llevan una sombrillita dentro y le siguió con la mirada hasta que Darren y él doblaron una esquina y estuvo a punto de chocar contra un escaparate que exhibía joyas de Tiffany's.

Darren se detuvo ante una puerta en la que había un letrero en letras doradas en el que se leía: «MANAGER». Entró sin llamar seguido de Crispín.

Al penetrar en la habitación pensó que todo era grande en esa ciudad: los aeropuertos, los coches, los vestíbulos de los hoteles, los despachos... Todo excepto el propietario del despacho.

Este era un tipo bajito, de esqueleto estrecho, piel blanquísima y unos ojos verdes, glaucos, pantanosos, que le analizaban a uno a kilómetros de distancia. Tenía el pelo muy negro, probablemente teñido y con brillantina; además, bajo una prominente nariz lucía un bigotito como de fila de hormigas, parecido al que usaban los falangistas en España. Llevaba una guayabera blanca, unos pantalones grises y unos zapatos negros tan brillantes que parecían de charol.

Desde la entrada hasta el escritorio tras el que se suponía que debía de estar sentado míster Tabackin, su nuevo jefe, alguien de-

bería de haber puesto una silla para que descansara el sobrecogido visitante. La habitación estaba decorada al estilo inglés, con cuadros de escenas de la caza del zorro, butacas Chéster de cuero con orejeras, lámparas que iluminaban con luz indirecta y paredes de madera oscura del techo al suelo. Cuando por fin llegó, se asomó al borde y vio a Tabackin. Un portazo a sus espaldas le indicó sonoramente que Darren se había largado sin decir adiós.

—Perdone que no me levante.

Naturalmente, se trataba de una broma. Mister Tabackin estaba de pie al lado de su silla. Crispín se fijó en que esta tenía en su asiento un artefacto forrado de terciopelo azul que hacía que llegara aproximadamente a la altura de los ojos de un interlocutor de altura normal. Un artefacto semejante al que usaban los barberos para cortar el pelo a los niños sin tener que forzar el gesto.

Sin embargo, no se sentó, sino que, jovialmente, bordeó el escritorio, se situó frente al detective, sonriendo le tendió la mano y, en un perfecto español con un fuerte acento cubano, se dirigió a él.

—Archie Tabackin, para servir a Dios y a usted.

El detective no supo qué decir. Se sintió desubicado. Le tendió, sin embargo, la mano con decisión.

—Crispín Pantaleón, detective privado.

Entonces, súbitamente, el director se puso serio, miró fijamente con aire ceñudo a Crispín y estalló en una enorme carcajada. Por lo visto en Miami todo el mundo estallaba súbitamente en enormes carcajadas.

—¡Ya lo sabía!, por eso está usted aquí...; bueno, por eso y porque tiene usted amigos que, por lo visto, le aprecian mucho.

—Me extraña que el señor Mejuto...

—¿Quién? —le cortó el director.

—Manuel Mejuto.

—¡Ah! —exclamó Tabackin—. Es un hombre muy ocupado don Manuel. ¿Sabía que es la mano derecha de don Justiniano?

—Me dijo que trabajaba para alguien importante, a lo mejor me podría usted aportar algún otro dato.

—No se preocupe, amigo, lo sabrá pronto —añadió Tabackin con aire misterioso—. Ahora descanse. En este hotel no hay mucho trabajo para alguien como usted, pero siempre surge algo.

Cruzó entonces el director con decisión la estancia y caminó hacia un cuadro que estaba torcido, pero de pronto perdió gas hasta que se detuvo pensativo y volviéndose súbitamente hacia su nuevo empleado sentenció:

—Sí, ese hombre es muy poderoso. De hecho, es, como quien dice, el dueño del hotel. Yo solo soy un empleado más, como lo es usted a partir de hoy.

Dicho lo cual volvió a reír a carcajadas, pulsó un botón y solicitó la presencia de Ramón. Mientras el tal Ramón acudía a la llamada, se creó entre ambos un espeso silencio. Por fin la puerta se abrió sin previo aviso y apareció Ramón, una especie de coloso de color negro azulado y del tamaño de la Giralda, vestido como un empleado de pompas fúnebres, quien, sin decir esta boca es mía, cogió el equipaje de Crispín entre unos dedos como racimos de plátanos y se dirigió hacia la misma puerta por la que había entrado. Crispín se volvió en el umbral para despedirse del gerente, pero ya no le vio. A lo mejor se había escondido debajo de un cojín, pensó. Supuso que debía de seguir los pasos de aquel hotentote caribeño, y eso hizo.

Si Crispín creyó en algún momento que gracias a la influencia de su viejo amigo Manolo y la simpatía del gerente iba a tener una habitación confortable, siquiera pasable, se dio cuenta enseguida de que estaba equivocado. Aquello era más parecido a un armario empotrado que a otra cosa.

Tras recorrer oscuros y laberínticos pasillos y descender por tortuosas escaleras, llegó a un largo corredor bastante húmedo flanqueado por puertas cerradas a cal y canto. Al final de este se encontraba la suya, que Ramón abrió tras hacer girar un sinfín de cerraduras y cerrojos. Cuando la puerta giró sobre sus goznes, el tipo casi de manera simultánea lo hizo sobre sus tacones y se largó, sin emitir ningún sonido, por donde había venido dejando el equipaje en el suelo. Crispín supuso que era mudo, pero mudo se

quedó él cuando vio que en aquel tabuco solo tenía una pequeña ventana como a dos metros del suelo y para colmo, a ras del techo, pasaban unas gruesas y ruidosas tuberías que, pensó, pertenecían al agua caliente del hotel, ya que, como comprobó más tarde, estaban al rojo vivo, por lo que aportaban al cuchitril un calor sofocante. El retrete estaba en consonancia con el mobiliario y, como en los calabozos, no tenía un departamento propio.

Ráidas cortinas, que alguna vez fueron blancas, festoneadas de cortinones tan gruesos como polvorientos, acogían ahora cadáveres sanguinolentos de mosquitos aplastados.

Inasequible al desaliento, el detective se desnudó. Una puerta al fondo de ese tugurio albergaba una ducha estrechísima, en la que una persona de tamaño regular solamente podría ducharse de costado, tanto la alcachofa como las llaves de paso del agua se encontraban en distintos grados de herrumbre. El esmalte del plato hacía juego en caprichosos churretes con el tono ocre del conjunto. Se sentó en la cama, que le acogió con una sinfonía de chirridos, sonidos de muelles y todo tipo de inquietantes estridencias. Frente a la cama, un calendario de tres años atrás con una atractiva bañista sonriente parecía preguntarle: «¿Para qué has venido hasta aquí?».

Muebles desportillados, moqueta raída y anodina, sumados a un techo lleno de manchas de humedad, le respondían: «¡Para nada bueno!». Se duchó y para su asombro, las toallas estaban limpias.

Incomprensiblemente, el detective no tenía ni pizca de sueño y ya se sabe que cuando uno no puede dormir no le acechan más que pensamientos funestos. Pasaron lo que para él eran horas arrullado por una pareja de vecinos que se lo estaban pasando fenomenalmente bien, mientras que, a lo lejos, lo que parecía una mujer lloraba desconsoladamente. Por fin, se durmió como un tronco.

Cuando se despertó, miró el reloj: las 10:11 horas, pero ¿de la mañana o de la noche? Esperó con todas sus fuerzas que fueran de la mañana. Se aseó como pudo y se vistió. Abrió con mucha cautela la puerta de su habitación y echó un vistazo al exterior.

En el pasillo no había un alma, tan desierto como la última vez que había estado allí. Subió por la escalera y recorrió en sentido inverso el trayecto que había hecho en la anterior ocasión, dejó atrás el despacho del gerente, abrió una puerta y se encontró en el enorme vestíbulo que ya conocía. Aquello estaba lleno de vida, a pesar de encontrarse en el mismo edificio, de ser el mismo hotel, parecían dos mundos diferentes. Volvió a sobrecogerse por su amplitud y magnificencia. Brillaba un sol espléndido a través de los ventanales que daban a una piscina olímpica, la bordeaba el magnífico edificio en forma curvada que albergaba las habitaciones de los huéspedes.

Entonces sintió una mano fría y enorme que atenazaba su hombro derecho. Antes de darse la vuelta, ya sabía a quién pertenecía aquella mano, era la de Ramón, el gigante caribeño. Ahora estaba increíblemente locuaz.

—Supongo que no habrá desayunado —dijo el tipo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues, a decir verdad, no sabía si debía desayunar o cenar.

Ramón respondió a la manera de Miami, es decir, con una estruendosa carcajada que hizo que todo el mundo volviese la cabeza hacia donde estaban ellos.

—No me extraña, a eso le llaman por acá *jet lag*, se le pasará. Sígame.

Cruzaron el inmenso vestíbulo lleno de gente campechanamente distinguida hasta llegar a una mesita contigua a los enormes ventanales con vistas a la piscina. Se sentaron justo en el momento en el que un bañista se precipitaba desde un altísimo trampolín y ejecutaba una perfecta entrada en el agua sin salpicar apenas. Fuera de su campo de visión, un ruidoso grupo aplaudía a rabiar.

—Exhibicionistas —musitó Ramón—. En fin, supongo, dada su experiencia, que ya sabe cuáles son sus cometidos como detective del hotel.

—Pues me imagino que como los de cualquier otro detective, ya sea de hotel o no —dijo el detective encogiéndose de hombros.

—Buena respuesta —comentó Ramón asintiendo con la cabeza—. Yo no sé cuál es el régimen político allá en su país, aunque tengo entendido que es una dictadura parecida a las que se dan en Sudamérica.

—No exactamente —terció Crispín.

—Acá es otra cosa, no puede uno andar deteniendo a la gente, así como así.

—Es mucho más fácil volarle la tapa de los sesos, ¿verdad?

Ramón lo dejó pasar.

—Lo que quiero decir es que la gente tiene unos derechos y, sabedores de ellos, no se dejan impresionar por alguien que no sea un policía.

—Oiga —preguntó Crispín—, ¿estoy en una ciudad peligrosa? ¿Es como aparece en las películas?

En ese momento, una camarera despampanante, toda ella curvas, dientes blanquísimos y ojos azules, apareció para tomarles la comanda.

—Dos cafés americanos —ordenó Ramón—. ¿Algo para comer?

—Yo nunca pruebo bocado hasta la hora de almorzar —respondió lacónicamente Crispín.

—Mejor, aquí se almuerza pronto. Pues bien —añadió Ramón retrepándose en su asiento—, aquí está usted seguro. Ahora bien, en otros lugares de la ciudad es otra cosa. Para empezar, hay mucho alcohol, mucha droga, muchas mujeres y muchas armas de fuego.

—¿Y cerebros? —quiso saber Crispín.

—Pues no muchos, la verdad. Y todavía menos los fines de semana.

—Ya.

—Me pregunto para qué ha sido usted enviado aquí —susurró Ramón en tono confidencial.

Crispín le miró de hito en hito. En ese momento llegaron los cafés, que, como todo en Florida, parecían estar hechos para que se los bebiese Pantagruel.